

LA ODISEA DE UN NOVELISTA

MARIANO Picón Salas es el novelista más representativo de la tragedia civil de Venezuela. Sin la intensidad ni el patetismo de Pocaterra, el terrífico relator de peripecias dantescas y de tragedias brutales, lo aventaja por su técnica nueva, por su concepto audaz de la novela, por la raíz poética de su prosa.

La literatura venezolana es tremendamente romántica. Ni el propio Pocaterra se desprende de tal caparazón, que le da un colorido arcaico a muchas páginas que salvará el hondísimo acento doloroso. Nadie se escapa en Venezuela del imperativo civil; unos se sacan la túnica cívica y se colocan el uniforme del plumario como el decrepito Gil Fortoul y Vallenilla Lanz, a quien el inverecundo Blanco Fombona apellida Bacinilla Lanz; otros, los más representativos, comen el pan magrísimo del destierro. Colombia está llena de venezolanos, hasta el extremo de que en Cúcuta, pueblo fronterizo, hay más deportados voluntarios o reales que habitantes nativos. En París se hallan los criollos de abolengo, los rígidos «*patiquines*», en cuyos cenáculos pontifica sobre mundología la señora Teresa de la Parra. Por fin, en el vasto continente americano, sobre todo en las universidades yanquis, permanece la flor de la juventud venezolana al aguaito de la tierra abrumada por el despotismo más brutal que recuerda la historia.

Picón Salas, nuevo Ulises de cultura humanística, experimentó la odisea que en su novela entrega más de un secreto nativo.

Ha preferido para hacerla una nueva técnica de planos superpuestos, donde, poco a poco, se justifica históricamente el advenimiento de Juan Vicente.

Primero fué Venezuela un sitio de porfiadas luchas hasta que un régimen civil conservador de hombres letrados y juriscultos, reemplaza a los padres de la patria. De paso diremos que, en América, los padres de la patria fueron tentados por la autoridad y solían terminar sus días como arbitrarios mandones que se colocaban bandas presidenciales sobre los andinos ponchos y los raídos uniformes que marcó el balazo español.

Picón explica admirablemente la manera propia de su libro al decir, en el prólogo, que le agradaría verlo leer «*de adentro hacia afuera*». Y eso es lo mejor que podemos hacer al penetrar en esta apretada área de pasión, cuya fibra americana es inconfundible. Picón prefiere a la crudeza y al dramatismo ten-

dencioso de Pocaterra, romántico de origen como su actitud vital, una postura que podría definirse como la *geografía lírica del trópico*. Los planos del relato sucédense en tal forma que llegamos sin sentirlo al riñón político y a la medulosa pasión del cuadro inicial.

Relación con las Antillas tiene algo barroco, propenso al costumbrismo, pero sin el costumbrismo. Ahí sacan su genealogía los personajes. Se avivan estampas valleinclanescas en unos parajes donairosos, con finas palmeras y criollas aguaitarradas. Lo negro tiene un colorido donoso que Picón aprovecha con su avizor sentido de las proporciones. Es subjetivo y poético. Hince sus raíces y logra atisbos certeros en el preambiente de los postreros relatos. Va justificando con el doble instinto del artista y del literato lo que vendrá después: el drama civil, el desplazamiento del criollo rico y letrado por el soldadote andino, de amplia ruana y de sombrerón agresivo.

Nótase en el relato priméro un dominio de la técnica novelesca que destiñe a la narración de todo lo episódico, de cuanto signifique anécdota manida, abuso del costumbrismo, simple dependencia a las tres unidades clásicas.

La geografía lírica tiene allí su lugar. Se combina finamente la referencia pintoresca, el dominio de lo histórico y hasta la geografía humana, v gr: «la evocación de Cartagena», con su larga sequía y el inaguantable calor; Río Hacha, ciudad campamento, poblada con improvisados edificios; Saint Thomas, islote de contrabandos y el Caribe, con su prodigioso contenido, sus alevés enfermedades y sus recuerdos piráticos.

En tiempos federales surge un poeta sugerente, que evoca tiempos muy duros de la Venezuela republicana, ya semi ahogada entre los militares *folutos*.

El estilo de Picón cobra allí ese acento tan suyo, mezcla ardiente de trópico sanguinoso y de firmes disciplinas clásicas. Un adjetivo valleinclanescos aparece al lado de cuatro líneas sobrias como una visión de Humboldt.

Tintinean sobre el pavimento, *aferrallan* el pavimento, las grandes espuelas del viejo Juan Araújo. El viejo Juan Araújo viene arrastrando su cobija paramera, alto y barbudo como la montaña, seguido de sus diez hijos, a pedirle justicia al Presidente del Estado un día de 1882....

Nuestro novelista busca el color y hace incursiones en la botánica. Evoca la malagueta, la vainilla y saca partido del frondoso mundo tropical con sus variadas aves y sus inagotables arbustos.

• ¡Cuán sincero es el tono de este relato, que se tiñe de drama-

tismo o se desvanece en íntimo fervor patriótico! El aleve criollo saca su cabeza hirsuta y contrasta con esas doncellonas católicas y solteras, que huyen de la furia federal. Bien graduada la emoción entre el paisaje llanero y el primer paisaje andino. Entre estos dos paisajes, en pugna, con dos climas y dos actitudes vitales, parece girar, en ocasiones, la historia de Venezuela.

Entre andinos y llaneros, como el «pinto» y el «paro» de los arrieros que se encuentran en el alto de la cuesta, se desmontan, se afirman el puñal en el cinturón y extienden sus dados sobre la cobija como en un tapete, se había echado a rodar nuestro destino civil.

Picón trasiega en el habla popular, vibrante de contenido tendencioso. Busca su intención, labra vocablos finos y saca adjetivos de una americanidad capaz de convencer hasta a los tozudos críticos parisinos de Chile.

La piedra montañesa es más firme y hostil. Los hombres, más reconcentrados.

En dos palabras se crea un paisaje psicológico.

La casuística andina es terrible. Una revolución se llama «hacer una travesura» y matar a un enemigo político «despachar el asunto». Las montañas de Venezuela están llenas de estos sumarísimos episodios que despueblan de adversarios y hacen tremolar el machete como único principio indiscutible.

De repente salen a relucir los cuchillos. «Cuidado; lo perjudico con el palillo de dientes», dicen a los pulperos... Y el pulpero suelta la mercancía sin chistar, mientras en una revuelta del camino se ha perdido el sombrerón domeñador de hirsuta pelambreira.

Los andinos son terribles y de sus inexpugnables montañas suelen bajar a «hacerle la travesura» a don Juan Vicente, cuya psicología astuta tiene los secretos del andinismo político, como la tuvo también el brioso «Cabito» Cipriano Castro.

Picón exhala un quejido de hombre civil cuando ve el estéril sacrificio de los que luchan por una inalcanzable legalidad y por un derecho agujereado por los machetes y balazos. Es admirable y poético ese personaje Don Juan de Dios, viejo hombre de principios, que se mete en cama cuando ve naufragando toda la constitucionalidad de Venezuela. Y se queda en el lecho, sin ver y recibir a nadie, fuera de Verónica, viejísima criada, que le sirve tisanas, hasta su muerte. El novelista cierra ese maestro capítulo con esta frase vigorosa evocadora:

Muerte apacible y sin agonía de los hombres que trabajaron por la ina-

sible justicia; muerte que llegaba sin angustia ni afán, como el sueño a los ojos cansados de vigilancia.

Odisea de un novelista es este pletórico libro de Picón. Su sensibilidad lo lleva por un laberinto de evocaciones, preñadas de plasticidad y así, deriva en la terrible época contemporánea en que el odiseo máximo, Riolid, deja a su patria, después del estéril fracaso del General Cachete e' Plata.

Los soldados de la revolución arrasan con todo. Los villorrios se despueblan, las mujeres huyen despavoridas, las que se quedan son violadas brutalmente. Venezuela retorna al régimen feudal, del ható. Un caudillo inmisericorde se ha trepado a la suprema magistratura. «Donde llegan esos «paisas»—ha dicho un personaje de la *Odisea*—, nadie más «pelecha». Así esta hoy la patria de Bolívar y de Bello. Nadie «pelecha» sino el General y su abigarrado y cortesano cotarro de mulatillos, de doctorcitos y de escribidores áulicos. Los métodos de expoliación son variados y fecundos en terrorismo. He aquí uno: la sagrada. El novelista nos lo explica: «La sagrada» es una institución que sólo podían inventar los macheteros andinos. Un tropel de soldados se instala en la hacienda, con amplias facultades de gastar y destruir lo que exista. Pertener a la «sagrada» es vivir en permanente festín, los soldados se reponen de su ordinario y mal rancho. *Donde ellos pasan, el barbecho se convierte en rastrojo.*

¿Y qué decir del creador de la suprema «sagrada», de la que hoy tiene domeñado al país bajo una expoliación ilímite como un llano de la patria? El novelista se encarga también de pintarlo cáusticamente: «El General Gómez, como buen hombre de montaña, es prolífico; todo su fósforo se transformó en descendencia.» (Pág. 145).

Sus hombres de confianza son abogados famélicos, criollos ávidos, explotadores ambiciosos. Riolid, el protagonista, los define así: «Y las leyes en Caracas las explicaban unos hombres hepáticos y entristecidos por la sumisión y hasta por el clima».

Odisea de Tierra Firme constituye un nuevo diagnóstico de América. Es una novela hermana de *Sangre en el trópico* de Hernán Robleto y de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra. En sus páginas hay acentos coloristas y sinceros y una hábil mezcla de fantasía y de realismo, vigorosamente condimentado con una prosa moderna e imaginista. En cuanto a la técnica revélase Picón un sagaz entendido en esa superposición de planos que aleja de la anécdota infecunda y que saca del ensueño el fino esmalte poético. Técnica de arabesco y de bordados, de volutas y decorados del buen barroco.

Barroquismo es el suyo que tiene de lo clásico unidad de intención y lo eternamente actual que es su esencia.

La novela de Sud-América se acrecenta con un relato de fantasía y de ensueño, que a la vez levanta una poderosa protesta: la de esos blancos de Tierra Firme, que aun aguardan los hombres nuevos.

Hombres nuevos como éste son los que necesita América y también libros novedosos y eficaces por su sentido social, hermano de un arte deleitoso que anima páginas de un relieve insuperado en el relato actual del continente.—RICARDO A. LATCHAM.

LOS CAUDILLOS BARBAROS

EN el libro de Alcides Arguedas, *Los Caudillos Bárbaros*, hay un copioso material para el estudio de las revoluciones bolivianas. Los dos caudillos más bárbaros y sanguinarios, Mariano Melgarejo y Agustín Morales, cuyos estudios componen este libro, están tratados por el escritor boliviano con nutrida documentación. Para fijar el cuadro en que deben moverse, Arguedas es implacable con su raza.

La característica principal del cholo en Bolivia—dice—es obrar bajamente como la del burgués en Francia, según Flaubert, es pensar bajamente. El cholo de levita o de chaqueta—lo hemos dicho en otra parte—el cholo en suma, jamás en ningún momento turba su conciencia, preguntándose si un acto es o no moral.

La deslealtad, la mentira, la cobardía, el engaño y la simulación son todos los recursos que en su ingenio encuentra el cholo para llegar donde se propone.

y más adelante:

Los rasgos fundamentales de la casta criolla en Bolivia son de tal manera enrevesados y complejos que cuando un personaje vistoso o un caudillo invoca los conceptos de honor y lealtad para dar explicaciones de su conducta en un momento dado, o cuando bajo la fe de caballero, escribe afirmando una cosa o la proclama en documento oficial, es signo inequívoco de que justamente va obrando o ha obrado en sentido opuesto y contra el honor, el deber y la lealtad...

Con estos trazos, de carácter general, en que se adivina un poco la psicología de Sud-América. está pintado Melgarejo. La característica principal de su temperamento era la deslealtad. Su ascensión al poder está jalonada de traiciones y de emboscadas. Tenía una audacia loca y fulminante. Sublevaba los